

### Recuerdos de mi infancia en Quillén

Todos los sueños pueden hacerse realidad.

La vida es un gran aprendizaje,  
desde la niñez hasta ahora que soy abuela.

Hermosa infancia en un mundo sin maldad;  
caminar, jugar, correr por el campo  
bajo el ala de nuestros padres.

Verdes arboledas, pinos, ñires, araucarias, cipreses,  
lengas de sabroso fruto amarillento (la guideña)  
y su noble madera.

Inolvidables frutos silvestres al alcance de la mano:  
el violeta michay, sabroso como la uva;  
frutillas y frambuesas, de inolvidables sabores.

La música de los pájaros, del agua del río,  
de la felicidad.

Mamá ordeñando vacas, para el sustento diario;  
la pesca con papá, con muchas aventuras,  
y las flores silvestres adornando el cabello.

Piedras de colores, ansiado tesoro,  
y jugar al laberinto, entre las cañas colihue.

Y el río, símbolo de la vida, bordeaba nuestro hogar,  
como una gran serpiente protectora.

Las estaciones del año, cada una,  
nos marcaba el ritmo de la vida:  
el blanco invierno que aprisionaba,  
pero la noble leña, daba alegría  
al hogar.

La primavera era la renovación  
de la vida.

El verano, la cosecha,  
y el fresco otoño que anunciaba el invierno  
cordillerano.

Nostalgia.

Tanta felicidad, recuerdos imborrables.

Breve adolescencia, que dio fin a tantas alegrías,  
y la enseñanza del camino  
hacia nuevos horizontes.

Hoy disfruto la felicidad de ser abuela  
en una gran familia unida.

Por eso quiero agradecer a la vida y a Dios  
por todo lo que me han dado.

Mis sueños se cumplieron y agrego ahora,

el de finalizar mis estudios

pausados en el tiempo.

Con la ayuda de docentes entendí

que nunca es tarde

para los logros.

Lo mejor de la vida es aquello que se hace con el alma,

se recibe con el corazón

y se agradece cada día

con una sonrisa,

como aquellas

de la niñez.